

# **El pecado y los pecados**

Jacques-André MONARD

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Algunos recordatorios de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre este tema</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - ¿Cuál es la situación en el Antiguo Testamento?</b> . . . . .	<b>4</b>
2.1 - La existencia de una naturaleza maligna . . . . .	4
2.2 - Una naturaleza maligna dejada de lado y una nueva naturaleza dada en su lugar . . . . .	5
2.3 - La muerte y la resurrección de Cristo como fundamento de toda nuestra liberación . . . . .	6
<b>3 - Cada cosa en su momento</b> . . . . .	<b>7</b>

*Pregunta:*

El Nuevo Testamento diferencia claramente entre «**el pecado**» y «**los pecados**», y muestra los diferentes aspectos de la obra de Cristo que responden a ellos.

¿Puede encontrarse tal diferencia también en el **Antiguo Testamento**, especialmente en los tipos de **sacrificios**?

## 1 - Algunos recordatorios de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre este tema

En su significado primario, la palabra «pecado» se refiere a **un acto malo** cometido por el hombre, es decir, **un acto** contrario a la voluntad de Dios. Nuestros pecados “y ya uno solo de ellos” nos hace culpables ante Dios y llaman a su juicio. En este sentido, la palabra «pecado», en singular o en plural, se utiliza tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

La palabra «pecado» también se utiliza en un sentido general, sin prestar atención a ningún acto en particular, al igual que hablamos de robo o de libertinaje.

La pregunta anterior alude a un significado particular de la palabra «pecado», necesariamente en singular, que encontramos en ciertos pasajes de las epístolas de Pablo, especialmente en **Romanos 6, 7 y 8**. En estos pasajes se personifica el pecado. Es el amo quien mantiene al hombre en la esclavitud y lo lleva a pecar (**Rom. 6:12-22**). El Señor Jesús ya había aludido a esta esclavitud cuando dijo: «Todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado» (**Juan 8:34**). En este sentido particular, «el pecado» es inherente al viejo hombre o a la vieja naturaleza: «habita en mí» (**Rom. 7:17**). «El pecado» y «los pecados» se refieren entonces a la fuente y a lo que ella produce o, como se le llama fácilmente, el árbol y sus frutos.

El Nuevo Testamento nos enseña claramente que el perdón de Dios a través de la fe es para «los pecados» y no para «el pecado». Sobre nuestra naturaleza humana, tal como la heredamos de Adán, Dios pronunció un juicio completo y final, y la ejecutó en la cruz de Cristo. «Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (**Rom. 6:6**). En la cruz, Cristo no solo «llevó... nuestros pecados» sino que «por nosotros lo hizo pecado» (**1 Pe. 2:24; 2 Cor. 5:21**). Como resultado, nuestros pecados fueron

expiados, y la fuente de la que procedían fue juzgada judicialmente por el Dios Santo. «Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne pecaminosa, y como ofrenda por el pecado, condenó al pecado en la carne» (Rom. 8:3). Nuestro viejo hombre habiendo sido crucificado con Cristo, «morimos al pecado» (Rom. 6:2). Tenemos que aceptar esto por la fe, para «consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (v. 11). Hemos sido «liberados del pecado» (v. 18, 22). «Cristo nos hizo libres para la libertad» (Gál. 5:1).

Esta enseñanza es la base de una conducta cristiana que se beneficia de las consecuencias de la obra de Cristo y así glorifica a Dios.

## 2 - ¿Cuál es la situación en el Antiguo Testamento?

### 2.1 - La existencia de una naturaleza maligna

En general, la ley dada a Israel trataba de los pecados y no de la fuente de la que procedían.

Los sacrificios por el pecado o la ofensa (Lev. 4 y 5) se presentan en relación con los actos cometidos.

Los sacrificios por el pecado ofrecidos una vez al año (Lev. 16:11, 15), o ofrecidos una vez en la consagración de los hijos de Aarón (Éx. 29:14), parecen referirse al pecado (o a los pecados) en el sentido general. Responden, globalmente, a los pecados cometidos.

Sin embargo, a medida que se acumulaban las faltas en la historia de Israel, Dios reveló a hombres piadosos, a hombres cuya fe iba más allá de los principios de la dispensación de la ley, algunos elementos de lo que se comunicaría más tarde por la venida y la obra de Jesús y por la venida del Espíritu Santo a la tierra. Estos hombres comprendieron algo del estado desesperadamente malvado de la naturaleza humana.

Así vemos al propio Moisés, aquel por quien se dio la ley, intercediendo por el pueblo culpable, diciendo a Dios: «Somos es un pueblo de dura cerviz» (Éx. 34:9). Comprendiendo el estado irremediable del pueblo, solo se apoya en la gracia de Dios.

Job, el hombre cuya conducta había sido irreprochable, al menos antes de las grandes pruebas que soportó, es llevado por ellas a confesar su condición: «Me aborrezco a

mí mismo, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6). No es: “aborrezco lo que he hecho”, sino «me aborrezco a mí mismo». Se da cuenta del mal que está arraigado en su naturaleza.

David, después de su grave pecado en el asunto de Bat-seba, es llevado a confesar no solo su falta, sino el pecado que está en su naturaleza: «He aquí en iniquidad nació yo, y en pecado me concibió mi madre» (Sal. 51:5). Este pasaje es probablemente uno de los más claros del Antiguo Testamento en cuanto a la naturaleza pecaminosa del hombre desde su nacimiento.

A través de la boca del profeta Jeremías, Dios describe la condición natural del ser humano: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y es desesperadamente malo» (Jer. 17:9). Habla repetidamente de la «dureza de su depravado corazón» (3:17; 16:12).

Esta declaración del estado corrupto del hombre aparece incluso antes del diluvio: «Y vio Jehová que era mucha la maldad del hombre en la tierra, y que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era solamente mala todos los días» (Gén. 6:5).

## 2.2 - Una naturaleza maligna dejada de lado y una nueva naturaleza dada en su lugar

La obra de liberación que Dios hará para su pueblo (pues en el Antiguo Testamento no se trata tanto del hombre en general, sino del pueblo de Israel) se anuncia varias veces.

El pasaje de Jeremías 31:31-34, anuncia el nuevo pacto que Dios hará con Israel. Habla de la obra de Dios que hará un profundo cambio en los corazones: «Pondré mi ley en sus entrañas y en su corazón la escribiré» (v. 33). Esto implica el nuevo nacimiento sin expresarlo realmente.

En Ezequiel 36:24-28, este cambio de naturaleza se anuncia formalmente, pero siempre en relación con Israel. «También os daré un nuevo corazón, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Pondré también mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis leyes, y las pongáis por obra» (v. 26-27).

Esta es una indicación bastante clara de las dos naturalezas. Esto es probablemente a lo que Jesús se refería cuando, después de decirle a Nicodemo: «A menos que el

hombre nazca de nuevo», se asombró: «¿Tú eres un maestro de Israel y no entiendes esto?» (Juan 3).

Otro ejemplo de esto es la lucha de Jacob con Dios en Génesis 32. Jacob (cuyo nombre de nacimiento significa «suplantador») recibe el nombre de Israel (que significa vencedor, o príncipe, de Dios). Esto evoca las dos naturalezas del creyente. En la primera parte de la lucha, se dice que Dios vio que no prevalecía sobre él (v. 25). Simbólicamente, esto nos enseña que la carne es tan mala que Dios mismo no puede hacerla doblegar. Así que la rompe. Toca la cuenca de la cadera de Jacob, que se disloca. «El pensamiento de la carne es enemistad contra Dios, porque no se somete a la ley de Dios, ni tampoco puede» (Rom. 8:7). En la segunda parte de la lucha, es la fe de Jacob la que está en acción: «No te soltaré hasta que me hayas bendecido» (v. 26). Desea absolutamente la bendición de Dios, como en otras ocasiones en su vida, pero esta vez sin introducir medios carnales para obtenerla. Y Dios se deja doblegar. «No serás llamado más Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios, y con los hombres, y has prevalecido... Y le bendijo allí» (v. 28-29). Esta es una escena notable, cuyo significado completo los israelitas ciertamente no podían comprender, pero que prefigura e ilustra la enseñanza de las epístolas del Nuevo Testamento.

### **2.3 - La muerte y la resurrección de Cristo como fundamento de toda nuestra liberación**

Nuestra salvación, en el sentido de nuestra liberación del juicio de Dios porque Cristo tomó sobre sí mismo nuestros pecados y murió por nosotros, está ilustrada por muchos tipos del Antiguo Testamento, especialmente por todos los sacrificios por el pecado. Pero nuestra salvación tiene otro aspecto, más completo. Nuestra completa liberación del pecado se basa en nuestra identificación con Cristo en su muerte y en su resurrección, en el hecho de que Dios nos ve muertos y resucitados con Él.

Este aspecto de la liberación, aparentemente no se presenta a Israel ni en las instituciones levíticas ni en los anuncios proféticos. Pero de nuevo, algo de esto se puede encontrar en el Antiguo Testamento en forma de sombra o figura. Pensamos en el cruce del Jordán, en Josué 4 y 5. El arca, figura de Cristo, se avanza en el río, una figura de la muerte. Las aguas son detenidas. Después del arca, el pueblo pasa por tierra firme. Un monumento de doce piedras se levanta en el lecho del Jordán, y otro en la orilla del río, en el lado de la tierra dada a Israel. Estos dos monumentos representan al pueblo, o a los creyentes, en dos condiciones que corresponden a lo

que el Nuevo Testamento se refiere como «muerto con Cristo» y «resucitado con Cristo» (Col. 2:20; 3:1). Estas cosas están escritas para nosotros, para que podamos contemplar los planes que estaban en el corazón de Dios desde toda eternidad.

### 3 - Cada cosa en su momento

Toda la era de la ley fue una prueba para el hombre, una prueba que manifestó su estado irremediable. A lo largo de este período, Dios fortaleció la fe de su pueblo diciéndoles que tenía maravillosos recursos guardados para ellos. Pero las conclusiones de esta prueba no podían ser reveladas hasta que hubiera terminado, y fue el rechazo y la crucifixión de Cristo lo que «colmó la medida» de la maldad del hombre y puso fin a esta prueba (comp. Mat. 23:32). Por otra parte, los gloriosos resultados de la obra de Cristo no podían revelarse hasta que fuera realizada y cumplida, e incluso, podría decirse, antes de que el Espíritu Santo fuera enviado a la tierra para conducir a los creyentes a toda la verdad (comp. Juan 16:13).

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 2008 (página 58)